

anticipación, para sacar á los animales de sus guaridas, y, velando noche y día, y poniendo en juego todas las tretas y malas artes que el hombre tiene que emplear para vencer á los brutos, acercarlos al sitio designado por el Rey, que, á sangre fría, sin arrostrar peligro ni fatiga alguna, sin siquiera hacer uso de su incomparable destreza, debía rendirlos á sus pies.

Trompas lejanas contestaron á la señal convenida. Sus ecos fueron oyéndose más distintos, al mismo tiempo que algunos ciervos aparecían en los límites opuestos de la llanura, y levantando su hermosa cabeza olfateaban el aire y se perdían otra vez en el bosque con asombrosa celeridad. Estas apariciones eran más frecuentes á cada instante. Los ojeadores se aproximaban.

El Rey, el Príncipe y los Infantes tomaron las escopetas. Detrás de ellos había muchos criados para presentarles otras armas cargadas tan pronto como disparasen aquellas.

D. Luis dejó escapar de repente una exclamación de sorpresa.

—¿Habéis visto, Carlos?—preguntó á su hermano.

—¿El qué?—contestó el Rey, indiferente.

—Un venado blanco... allí... en aquel grupo de encinas.

—¡Un venado blanco!—exclamaron, sonriéndose, el Rey y el Príncipe de Asturias.

—¿De cuándo acá,—añadió D. Gabriel,—hay venados de ese pelo?

—Blanca era la cierva de Sertorio, de que habla Plutarco.

—Burlaos cuanto queráis; pero, por mi fe, que he visto lo que digo.

Verdaderos rebaños de cerdosos jabalíes y de ligeros ciervos poblaron el llano acosados por los batidores. Éstos, cuando empezaron á dejarse ver, estaban divididos en grupos separados por intervalos. Luego formaron un cordón ondulante, bullicioso, que ora convergía de la circunferencia al centro, ora retrocedía algunos pasos cuando un gran número de animales reunidos en un mismo punto intentaba romper aquella muralla de carne; y, por último, doblaron sus filas para mayor precaución.

Todos los concurrentes pudieron ver entonces un venado blanco, de colosales proporciones, correr con la velocidad de una flecha de un extremo á otro de la llanura, herir el suelo con sus menudos cascos, y dudar, al parecer, entre una resistencia inútil y una muerte ignominiosa.

Empezó el tiroteó y la matanza. Aquello no era caza:

era carnicería; aquello no era pasión: era locura, frenesí, vértigo. El humo de la pólvora no permitía contar las víctimas; pero sus cuerpos, amontonados unos sobre otros, servían de abrigo á los tímidos cervatillos, que lamían á sus madres en las convulsiones de la agonía. La sangre manchaba las flores del campo. Mugidos de terror, de angustia y de muerte se confundían con las detonaciones de las armas y los gritos de los batidores. Ocho ó diez animales espiraron al lado de los Príncipes.

El venado blanco, objeto de la atención general, en sus rápidas carreras y continuas evoluciones nunca se ponía á tiro. Pasaba y repasaba de un lado á otro, y, advertido por el instinto del peligro que corría, no cesaba de buscar el punto débil de la red en que se veía cogido. Y así quedó solo, completamente solo, con vida y una vislumbre de libertad, cuando todos sus compañeros yacían por tierra, inmóviles, ensangrentados, muertos.

Carlos estaba radiante de alegría. Miró con ojos codiciosos al enemigo, que todavía desafiaba su poder y su destreza, y mandó estrechar el círculo.

—¿No os parece que sería mejor coger vivo ese raro animal?—objetó D. Luis.

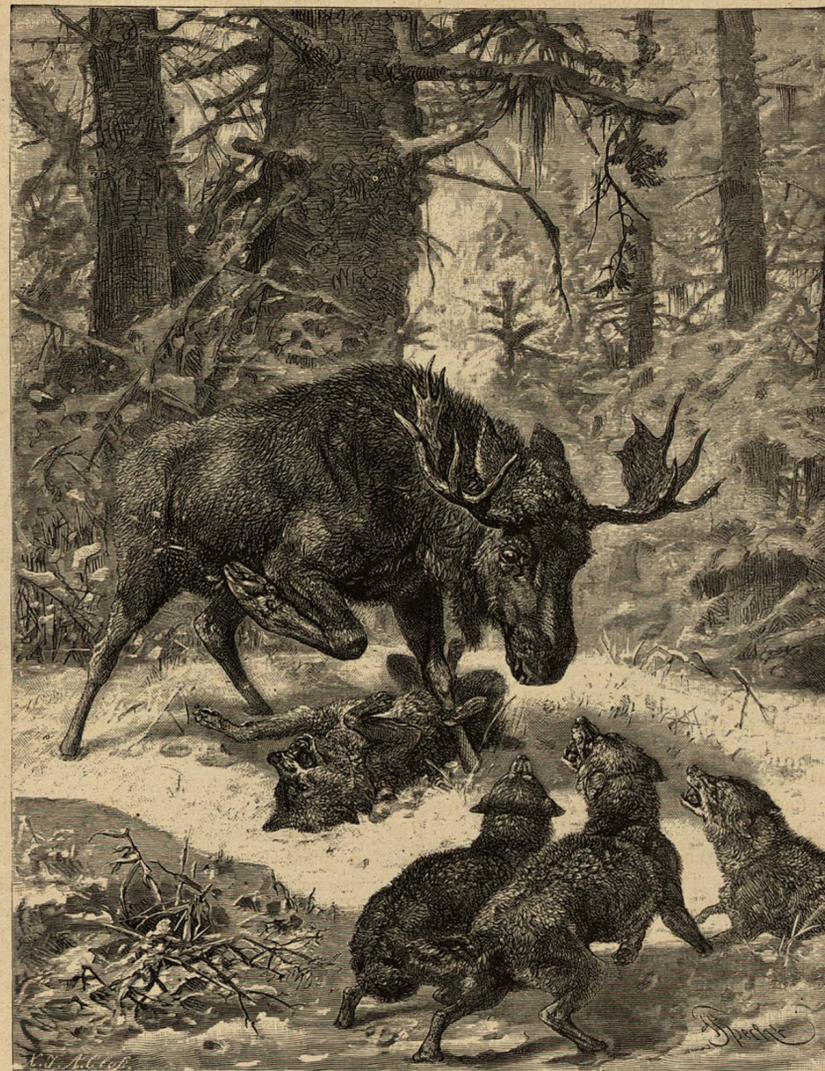
El Rey disparó en el mismo instante, pero inútilmente, lo cual raras veces acontecía. El venado blanco salió ileso de tan terrible prueba, y, haciendo un esfuerzo supremo, salvó de un salto la doble fila de ojeadores y se perdió en el encinar vecino.

Este contratiempo puso á Carlos III de bastante mal humor.

Concluido el fuego, los guardas colocaron la caza á los pies del Soberano, quien se entretuvo largo rato en examinar las heridas, haciendo notar, con orgullo, los tiros maestros. Ciento cuarenta y cinco venados y treinta jabalíes fueron el botín de la victoria, con el cual, según costumbre, se adornó por la noche el comedor de Carlos III.

### III

Á la derecha mano, subiendo de Segovia á la Granja, frente al ameno prado que hoy se nombra *quinta de Quitapesares*, había, en la época de que vamos hablando, un espeso bosque de encinas, por entre cuyos apretados troncos corrían, dando mil vueltas y caprichosos rodeos, muchos arroyos, mansos y benéficos en el es-



El alce, por Specht

tío, soberbios y destructores en la estación de las nieves. Por él cruzaba una vereda que, naciendo en el linde del camino real, terminaba, una legua más allá, en un lugarejo de tan mezquino aspecto que parecía construido expresamente para desmentir las falsas

ideas de los poetas bucólicos de aquellos tiempos. Treinta ó cuarenta chozas, por sus habitantes llamadas *casas*, á pesar de que no eran andaluces ni gascones; una iglesia con su torre, poco más alta que los ridículos sombreros que ahora usamos; algunos huertos que